

LA S
UTOPIÁS
PENDIENTES

.....
Una breve historia
del mundo desde 1945
.....

XOSÉ M.
NÚÑEZ SEIXAS



ÁGORA
HISTORIA



XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

LAS UTOPIÁS
PENDIENTES

Una breve historia del mundo desde 1945

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2015

Las utopías pendientes

Xosé M. Núñez Seixas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xosé M. Núñez Seixas, 2015

© de los mapas, Carles Salom

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-837-2

Depósito legal: B. 8286 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

ÍNDICE

PREFACIO	VII
1. DE UN MUNDO BIPOLAR A UN MUNDO MULTIPOLAR, 1945-1990.....	1
Enemigos íntimos; La sombra de la hoz y el martillo; Recons- truir interesa; De Praga a Berlín; Contención y guerra en Asia; Fuegos de artificio; Barbudos en La Habana; La desco- lización; Del Mekong a Pekín; Actores imprevistos; Ten- sión y teatralización de la Guerra Fría; Una muerte anuncia- da; Las paradojas del equilibrio del terror; Competiciones simbólicas; El Estado-Nación en la era bipolar; Las alternati- vas a la bipolaridad.	
2. BIENESTAR, UTOPIA Y CRISIS: LOS CAMINOS DIVERGENTES DE LAS SOCIEDADES MUNDIALES, 1945-1990.....	65
Europa occidental: <i>Los treinta gloriosos</i> ; Crisis y adaptación (1973-1989); El consenso político de posguerra en Europa oc- cidental; La ola del 68 y sus secuelas: Mutaciones sociales y culturales; La nueva ola de la democratización y los nuevos radicales; Europa oriental: Los progresos estalinistas y sus límites; Estados Unidos: Del sueño americano a la histeria; Ecos estudiantiles y la sombra de Vietnam; Posguerras asiáti-	

cas: La brutal utopía china y la prosperidad del tigre; Africa tras la descolonización: Profetas y tiranos; Entre el subdesarrollo y la deuda externa; Latinoamérica en la posguerra: Oportunidades perdidas; Revoluciones y dictaduras latinoamericanas.		
3.	LEGADOS DE GUERRA Y MEMORIAS DEL TOTALITARISMO.	145
	Olvidar la guerra y ganar la paz; Una Gran Guerra Patriótica; El lento retorno de la memoria; Memorias del totalitarismo tras 1989; Debatir el colonialismo.	
4.	LA NACIÓN Y SUS MUTACIONES: VIAJES DE IDA Y VUELTA	175
	El mito antifascista al servicio de la nación; Los nuevos nacionalismos anticoloniales; La «revuelta de las regiones» y el Estado-nación en Europa; Naciones, Estados y minorías: De Québec a Palestina; El retorno de la nación a Europa tras 1989.	
5.	LA LARGA MARCHA DE LAS MUJERES.	207
	La conquista del voto; Consumidoras y productoras; La lucha por la libertad sexual; Igualdad de género y diferencia cultural.	
6.	¿EN PAZ CON EL PLANETA? HOMBRE Y MEDIO AMBIENTE DESDE 1945	231
	La bomba demográfica; Migraciones, urbanización y balsas de plástico; Combustibles fósiles y energía; Embalsar el progreso; ¿Energía limpia o bomba silenciosa?; El nuevo desafío: El cambio climático; Clima y política.	
7.	LAS INCERTIDUMBRES DE UN MUNDO MULTIPOLAR: DE LA POSGUERRA FRÍA A LA ERA GLOBAL (1990-2015)	265
	El nuevo protagonismo europeo; La hegemonía norteamericana-	

ÍNDICE

na y sus limitaciones; Conflictos africanos y desinterés occidental; El fundamentalismo islámico: ¿El nuevo enemigo global?; De gendarme del nuevo orden mundial al multilateralismo; El nuevo papel de China; Países emergentes y viejos actores; Latinoamérica: Democratización y liberalización; Viejos y nuevos populismos latinoamericanos; La nueva globalización: Luces y sombras; Los Estados-nación en un mundo globalizado.

8. EPÍLOGO: UTOPIÁS SIN CUMPLIR E INCERTIDUMBRES FUTURAS	339
CRONOLOGÍA	349
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	369
ÍNDICE ONOMÁSTICO	375

DE UN MUNDO BIPOLAR A UN MUNDO MULTIPOLAR,
1945-1990

Las transformaciones sociales, políticas y culturales que se sucedieron en la segunda mitad del siglo XX fueron mucho más radicales que las acontecidas a lo largo de su primera mitad. Surgieron nuevas interconexiones globales, se institucionalizaron espacios de cooperación e interacción supraestatales, y las formas de producción y de organización política sufrieron igualmente acusados procesos de homogeneización. Las solidaridades políticas transnacionales también jugaron un gran papel. Causas compartidas como el anticolonialismo, el anticomunismo o el anticapitalismo, desde la década de 1960 los movimientos juveniles de protesta y las nuevas reivindicaciones sociales, fueron factores que contribuyeron a que surgiesen espacios de comunicación y deliberación política supraestatal, que condicionaron de forma cada vez más decisiva la política interior de cada uno de los Estados nacionales.

De entrada, el hundimiento del Japón y de Alemania como potencias geopolíticas continentales o mundiales llevó a la consolidación de dos grandes superpotencias, que en parte llenaron el vacío dejado por las viejas potencias europeas, ahora en franca retirada, pese a que algunas de ellas, como Francia y Gran Bretaña, también habían ganado la guerra. Pero sus energías estaban ahora concentradas en la reconstrucción, y en la reestructuración de sus relaciones con la periferia de sus imperios coloniales. De ese vacío surgió entre 1945 y 1949 una estructura geopolítica mundial de naturaleza bipolar.

Hasta 1989 es problemático hallar transformaciones globales. Sin embargo, sí se asistió a una multiplicidad de espacios de interacción supraestatales que coexistieron y se superpusieron de forma paralela, lo que tenía que ver con la división del mundo en dos bloques de naturaleza sociopolítica opuesta y en abierta competencia. La Guerra Fría fue un fenómeno global, que afectó en un principio sobre todo a Europa y a Asia oriental, donde surgiría un «telón de bambú» similar al telón de acero. Fue fría, porque en Europa no se llegó a conflictos armados. Fue guerra, porque una carrera armamentística sin precedentes entre dos bloques mantuvo latente el peligro del estallido de una conflagración mundial durante más de cuarenta años. Y no solamente fue una confrontación militar, sino que también lo fue de modelos de sociedad, de economía y hasta de concepción de la cultura.

ENEMIGOS ÍNTIMOS

En las conferencias de Teherán (noviembre-diciembre de 1944) y Yalta (febrero de 1945), celebradas cuando todavía se libraba en la II Guerra Mundial, los Aliados empezaron a diseñar cómo iba a ser el mundo de la posguerra. Pero en ellas fueron mayores los desacuerdos que las coincidencias. Hasta avanzado el año 1944, los Aliados no tuvieron plena seguridad de que ganarían la guerra. Cuando empezó a ser evidente, tras el desembarco angloamericano en Normandía (junio de 1944) y la ofensiva soviética en el frente oriental, que llevó al Ejército Rojo a conquistar buena parte de la Europa danubiana y balcánica en el verano, los Aliados aún no tenían un plan definido sobre cuál iba a ser el futuro.

Hitler, por el contrario, todavía abrigaba a principios de 1945 la esperanza de que el choque entre capitalismo y comunismo, entre aliados occidentales y soviéticos, fuese inevitable. Y los conflictos internos entre pro comunistas y conservadores que habían surgido entre 1944 y 1945, una vez expulsados los nazis de sus territorios, en el seno de los ejércitos

partisanos griego, yugoslavo o albanés, preludiaban igualmente que a una guerra entre fascismo y antifascismo sucedería un conflicto entre comunismo y anticomunismo. No era una divisoria inédita, ya que reproducía las líneas de fractura ya dibujadas al acabar la I Guerra Mundial en las guerras civiles finlandesa (1917-1918) o rusa (1917-1922).

En la conferencia de Potsdam (julio de 1945), cuando la guerra en el Pacífico todavía no había concluido, se agrandaron las diferencias entre los Aliados, particularmente entre angloamericanos y soviéticos, dividiéndose acerca de qué hacer con Alemania y con los territorios de Europa centro-oriental. Sin embargo, se instituyó una Comisión de Control cuatripartita para la Alemania dividida en zonas de ocupación; se acordó la creación de un tribunal especial para la persecución y castigo de los crímenes de guerra del III Reich; la celebración de elecciones en Austria, a la que se restituía su soberanía, y la aplicación de los tratados de paz con los Estados aliados de Alemania. Eran soluciones provisionales, pues ni se había firmado un tratado de paz con Alemania, ni existía certeza sobre cuáles serían sus fronteras y su estatus político futuro.

Pronto se manifestaron los primeros roces. En septiembre de 1945 la Conferencia Interaliada de ministros de Asuntos Exteriores rechazó los borradores de tratado de paz con los antiguos aliados del III Reich (Rumanía, Hungría y Bulgaria) que fueron presentados por la URSS, pues no contemplaban la restauración de democracias parlamentarias. El presidente norteamericano Harry S. Truman declaró dos meses más tarde que los EE. UU. no reconocerían gobiernos impuestos por potencias ocupantes. Stalin replicó a principios de febrero de 1946 que las contradicciones del capitalismo occidental conducirían de forma inevitable al estallido de una nueva guerra, provocada por el militarismo y el imperialismo angloamericano. Unos días más tarde, el diplomático George E. Kennan, agregado en Moscú y experto soviólogo, redactó el llamado «telegrama largo» (8.000 palabras). En él, denunciaba la voluntad soviética de propagar el comunismo a todo el mundo con ayuda de los partidos comunistas, calificaba la política exterior de la URSS de

agresiva y expansionista, y abogaba por una postura inflexible por parte de los Estados Unidos hacia los soviéticos y sus pretensiones de controlar Europa oriental. Cualquier disposición al compromiso sería interpretada como debilidad por Stalin.

Los informes del diplomático británico Frank Roberts incidían en argumentos similares: la URSS era para Gran Bretaña un peligro potencial igual o mayor que el que había sido el III Reich en 1939, no sólo por encarnar el expansionismo comunista, sino por heredar las tendencias chauvinistas e imperialistas del antiguo imperio zarista. Varios hechos parecían confirmar esa percepción. Las tropas soviéticas no se retiraban de Irán, al contrario de lo pactado previamente, intentando mantener posiciones en una zona estratégica por sus reservas de petróleo. Y pretendían también obtener puntos de apoyo en el Mediterráneo para controlar las rutas a Oriente Medio, ejerciendo cierta presión sobre Turquía. La intervención diplomática norteamericana llevó finalmente a la retirada soviética de territorio iraní en abril de 1946.

En marzo de 1946, en un discurso pronunciado en Fulton (Missouri), el ex primer ministro británico Winston Churchill manifestaba los temores que hasta entonces los círculos políticos occidentales no habían hecho públicos. Desde Stettin (Szczecin), en el Báltico, hasta Trieste, en la costa adriática, los soviéticos habrían trazado un «telón de acero» —traducción usual en castellano de la expresión original, *iron curtain* o cortina de hierro—, detrás del cual Occidente no sabía muy bien qué ocurría. Los «rusos», admitía Churchill, no deseaban otra guerra, pero sí recoger los frutos de la pasada confrontación. Sólo una oposición firme y una alianza militar duradera de los aliados occidentales les harían desistir de sus propósitos expansionistas. Los asesores de Truman advertían cuatro meses después de que el objetivo de la URSS consistía en «provocar una guerra de agresión en cada lugar del mundo» donde le fuera posible. Para confinar el influjo soviético a sus fronteras, los EE. UU. deberían mostrarse dispuestos a utilizar armamento nuclear y biológico y una fuerza aérea estratégica.

En septiembre de ese año los soviéticos respondieron con otro comunicado, en el que sostenían que EE. UU. utilizaba su dominio en el mundo capitalista para afianzar su superioridad militar, y así desencadenar una nueva guerra que asegurase su hegemonía, destruyese al competidor socialista y garantizase el triunfo del capitalismo. Stalin estaba convencido de que, antes o después, Gran Bretaña rompería con los EE. UU. y entraría en guerra con su aliado, por ser la rivalidad entre los diversos países capitalistas inevitable.

LA SOMBRA DE LA HOZ Y EL MARTILLO

La alarma de los aliados occidentales provenía del hecho de que en Francia o Italia los partidos comunistas obtenían buenos resultados en las elecciones legislativas celebradas después del fin de la guerra. Y, sobre todo, de la constatación de que la mitad de Europa estaba controlada, en la práctica, por las fuerzas armadas soviéticas. Mas británicos y norteamericanos sobrevaloraban las intenciones expansionistas de la URSS.

Para Stalin, lo fundamental, ganada la guerra, era asegurar su poder, su régimen, su país y su ideología, por este orden. Reivindicaba que a la Unión Soviética correspondían las mayores ganancias territoriales, y no sólo la recuperación de sus fronteras de 1941; también demandaba reparaciones económicas a costa del vencido, para lo que procedió a desmantelar industrias en Alemania Oriental. Sin embargo, la URSS estaba destrozada y exhausta tras cinco años de guerra total; el país necesitaba ser reconstruido y disfrutar de paz. No menos importante para Stalin era reprimir todo conato de liberalización dentro del régimen, que buena parte de los ciudadanos de la URSS creían haberse ganado tras los sacrificios de guerra. A largo plazo, sin embargo, Stalin confiaba en poder dominar Europa mediante una mezcla de diplomacia y fuerza: la crisis inevitable del capitalismo y el prestigio demostrado por el régi-

men socialista durante la guerra, según su análisis, harían caer al conjunto del continente como fruta madura en su área de influencia.

La URSS no disponía de un plan para conquistar toda Europa. En la articulación del área de influencia soviética en Europa oriental predominaron la improvisación y la adaptación a las circunstancias. De hecho, no en todas partes se impuso el comunismo. Stalin permitió que Finlandia mantuviese un estatus de neutralidad, tras la firma de la paz en el verano de 1944. Desconfiaba a menudo de los comunistas de Europa oriental y sus veleidades nacionalistas. La dirigencia soviética carecía de experiencia imperial suficiente para saber cómo gestionar de forma indirecta un conjunto de Estados satélites no integrados en la URSS, al contrario de la doctrina aplicada en Asia Central o en el Cáucaso. Tampoco sabía muy bien cómo gestionar el nuevo y atípico imperio, compuesto por una serie de protectorados de hecho, aunque no de derecho. En el fondo, los presupuestos estratégicos de Stalin y sus colaboradores seguían siendo más defensivos que ofensivos, y estaban todavía influidos por la experiencia zarista y de la guerra civil rusa: la URSS necesitaba protegerse del asedio capitalista mediante una suerte de «glacis defensivo» en Europa oriental.

El área de influencia soviética era, en primer lugar, una zona de seguridad militar, concebida como un cinturón defensivo de la URSS, que en parte reproducía la formulación estratégica de los bolcheviques en 1918-1922. Dentro de ella, y como consecuencia de la teoría de Stalin, según la cual quien controlaba militarmente un área tenía derecho a instaurar su sistema político, y el dominio de media Europa por su ejército demostraba ni más ni menos la superioridad del socialismo, se impuso el modelo social y económico de la URSS. Las tropas soviéticas eran consideradas de modo casi unánime como ocupantes incómodos y no como liberadoras del fascismo, pese a la propaganda desplegada, y tanto en Alemania Oriental, donde los soldados soviéticos habían violado a decenas de miles de mujeres germanas, como en Polonia eran muy impopulares.

Además de la capacidad de coerción que suponía la presencia del Ejército Rojo, Stalin utilizó como eficaz ariete a los partidos comunistas nacionales. Fue una imposición paulatina, que siguió la tónica ensayada en parte durante la guerra civil española: la constitución de «repúblicas populares» bajo la hegemonía de un partido comunista o socialista unificado, que agrupase a comunistas y socialistas, que habría de conquistar el poder mediante una combinación de victorias electorales, golpes de mano y presiones sobre las élites de los partidos liberales. En Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía y la zona de ocupación soviética de Alemania, los partidos comunistas nacionales, dominados por una élite política estalinista que en la mayoría de los casos había pasado la guerra en Moscú, experimentaron un rápido crecimiento, y procedieron a anular la competencia de otras fuerzas políticas de marchamo antifascista, fagocitando en partidos socialistas unificados —que adoptaron diversos nombres— a socialdemócratas, socialistas y otras tendencias.

Los comunistas nacionales fueron sin duda aupados por el apoyo soviético, pero disfrutaban también de cierta popularidad como fuerza motriz de la resistencia antifascista. En las nuevas repúblicas populares se mantuvo una ficción de sistema político pluralista, en el que incluso partidos pseudofascistas eran tolerados y mantenidos bajo control, pero donde la hegemonía siempre correspondía al partido comunista o socialista unificado. El procedimiento consistía, como resumió el comunista germano-oriental Walter Ulbricht, en que el proceso mantuviese una apariencia democrática, pero «nosotros mandamos».

Entre la Unión Soviética y sus nuevos aliados subordinados se impuso una relación teórica de amistad, mas en la práctica de dominación diplomática y militar. Empero, esa relación también reflejaba algunos de los déficits del poder soviético, eficaz solo como superpotencia militar, pero no tanto en el terreno económico y cultural. Quizá por ello la URSS fue incapaz de mantener a la Yugoslavia del carismático general guerrillero Josip Broz Tito dentro de su bloque de influencia. Tito, cuyo ejército había autoliberado Yugoslavia antes de la llegada del Ejército Rojo, no

LAS UTOPIÁS PENDIENTES



estaba dispuesto a sacrificar la soberanía nacional a la solidaridad ideológica. Tras la ruptura de relaciones con la Unión Soviética en junio de 1948 y su expulsión de la naciente comunidad de países socialistas, impuso un sistema comunista heterodoxo, no sujeto a las directrices políticas de Moscú. Por ello, fue tolerado por los aliados occidentales, cuya prioridad estratégica era impedir el acceso de la URSS al Mediterráneo.

RECONSTRUIR INTERESA

En 1947 el Gobierno norteamericano decidió tomar la iniciativa frente a lo que consideraba una estrategia soviética para extender el comunismo a todo el continente europeo. En febrero de ese año, el Gobierno de Londres anunció que no podía seguir financiando al régimen militar griego en su lucha contra el ejército guerrillero controlado por los comunistas, que tras la expulsión de los ocupantes alemanes en 1944 había mantenido una tensa relación con los monárquicos y conservadores griegos sostenidos por las tropas británicas. El influjo del viejo imperio fue sustituido por el nuevo poder norteamericano, en lo que constituyó una dejación simbólica por parte de Londres en un área donde ejercía un control geopolítico desde el siglo XIX.

El Gobierno estadounidense puso en práctica por primera vez la llamada estrategia de la *contención*, cuyo objetivo consistía en frenar a toda costa la expansión comunista en Europa. Se enmarcaba dentro de la doctrina enunciada por el presidente Truman en un discurso ante el Congreso de los EE. UU. el 12 de marzo de 1947, o doctrina Truman. Sus puntos principales eran simples, pero contundentes. El conflicto entre capitalismo y comunismo suponía una lucha entre libertad y totalitarismo; era deber de los EE. UU. apoyar a los «pueblos libres» que se oponían a presiones externas o de minorías armadas. No había espacio para una Europa autónoma que no estuviese sometida al liderazgo político y militar norteamericano. Aunque los comunistas griegos fueron

apoyados principalmente por el régimen comunista yugoslavo, Albania y Bulgaria, y Stalin no envió recursos a los insurgentes helenos, de los que desconfiaba, los EE. UU. acusaron a la Unión Soviética de intentar expandir su influencia en el Mediterráneo.

Junto a la iniciativa en materia militar, los EE. UU. concibieron el plan de ayudar a la rápida reconstrucción económica de Europa, con el fin de impedir el avance de los partidos comunistas en su parte occidental al compás del descontento social. Esa reconstrucción era especialmente urgente en Alemania. La cuestión alemana se convirtió de nuevo en el dilema básico de la política europea de alianzas. Quien controlase el espacio geográfico germano, controlaría todo el continente. Por ello, sólo cabía oponer al influjo soviético en la zona de ocupación oriental una integración consecuente en el terreno económico de las áreas de Alemania situadas bajo la administración anglonorteamericana y francesa.

En julio de 1948, a iniciativa del secretario de Estado George Marshall, se lanzó el llamado Plan de Recuperación Europea o Plan Marshall, un programa de ayudas destinado a la reconstrucción de las infraestructuras económicas de los países europeos, consistente en un conjunto de préstamos a bajo interés, subvenciones a fondo perdido y ventajosos acuerdos comerciales. La URSS y los Estados ya situados bajo su órbita fueron invitados a beneficiarse de las condiciones del plan, pero éstas eran inaceptables para Moscú (someterse a controles externos e integrarse en un mercado europeo), que presionó a Polonia y Checoslovaquia para que no se acogiesen al mismo. Además, el disfrute de las ayudas implicaba remodelar los gobiernos de coalición, expulsando de ellos a los ministros comunistas, lo que ocurrió en Italia y Francia.

El plan tuvo una vigencia de cinco años, y de él se beneficiaron en total 16 países, incluidas las tres zonas de Alemania bajo control británico, francés y estadounidense, favoreciendo su integración en el área de influencia económica occidental. Durante ese período, los Estados europeos que ingresaron en la recién fundada Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE) recibieron un total de trece

mil millones de dólares, y servicios de asistencia técnica. El plan también incluía un programa de reconstrucción de ciudades devastadas. Una vez completado, la economía de todos los países participantes, excepto la recién fundada República Federal de Alemania (RFA), había conseguido superar los niveles previos a 1939.

Es discutible cuál fue el impacto real del Plan Marshall sobre las tasas de crecimiento. Su objetivo también consistía en difundir técnicas de gestión de inspiración norteamericana, y abrir mercados para la propia industria del país prestatario, para el que una Europa empobrecida podía suponer una complicación para sus finanzas y su comercio. Sin embargo, existe cierto consenso en que el Plan Marshall contribuyó a aumentar los intercambios económicos dentro de Europa occidental y nórdica, terminó con la escasez de divisas y actuó como un estímulo decisivo para la reconstrucción de posguerra. En los EE. UU., el Plan hizo posible que su economía superase la crisis de superproducción que siguió al fin de la guerra, y mantuvo la demanda para las exportaciones estadounidenses. Además, sirvió con eficacia a sus objetivos ideológicos: consolidar unas clases medias que apuntalasen la estabilidad de los sistemas democráticos, evitando que la miseria abonase el campo a la difusión del comunismo. Por otro lado, el llamado Plan de Ayuda y Rehabilitación puesto en práctica por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) entre 1944 y 1947 permitió suministrar ayuda a varios millones de refugiados o *personas desplazadas*.

Stalin reaccionó al Plan Marshall con la creación de la Kominform, Oficina de Información Comunista, cuyo objetivo era coordinar las fuerzas que se oponían al «imperialismo» americano y a los restos del fascismo, en nombre de la democracia y el antifascismo. Señalaba así una de las líneas argumentales predilectas: la de la continuidad entre fascismo e imperialismo capitalista. Para compensar a los países de Europa oriental, también creó una suerte de remedo del Plan Marshall, conocido primero como Plan Molotov, por el nombre del ministro soviético de Exteriores, cuyo objetivo era facilitar subsidios e intercam-

bios dentro de la Europa controlada por la URSS. De ella surgiría más tarde, en 1949, el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON).

DE PRAGA A BERLÍN

A lo largo de 1947, el dominio comunista se había consolidado, mediante una combinación de métodos coercitivos y pseudodemocráticos, en la mayor parte de los Estados de Europa centro-oriental. Sólo faltaba Checoslovaquia, donde los partidos democráticos y liberales conservaban aún una fuerza que les permitía contrarrestar el ascenso del Partido Comunista. En febrero de 1948, mediante un golpe de fuerza orquestado en conjunción con sectores del ejército, la policía y los sindicatos, los comunistas tomaron el poder y expulsaron al resto de partidos de la coalición de gobierno. La opinión pública occidental y norteamericana vio en el «golpe de Praga» una premonición de que, como diez años antes, un nuevo dictador se apropiaba del Estado checoslovaco, siguiendo un premeditado plan de dominio continental. En los círculos militares se daba por posible e inmediata una guerra contra los soviéticos.

La inclusión de las zonas de ocupación aliada de Alemania en los beneficios del Plan Marshall, contraviniendo los acuerdos contemplados en la Comisión de Control interaliada que administraba el territorio germano, implicaba además la refundación del marco alemán como moneda común a las tres zonas occidentales. En marzo de 1948 los soviéticos protestaron por la reforma monetaria alemana. Los aliados occidentales y los Estados del Benelux (Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) decidieron de forma paralela la creación de un Estado alemán occidental, pese a las reticencias francesas al resurgimiento de su enemigo histórico. El mayor temor, ahora, no era el derrotado militarismo prusiano, sino el llegar a ver «la hoz y el martillo en el Rin».

Como represalia, Stalin decretó el cierre de las vías terrestres y fluviales de comunicación entre Berlín Occidental y el resto del territorio

alemán bajo administración de los aliados occidentales, imposibilitando el suministro de alimentos y artículos de primera necesidad. Los aliados respondieron con una gigantesca operación de avituallamiento aéreo, el llamado puente aéreo, que mantuvo durante varios meses los suministros a la parte occidental. Era un esfuerzo titánico, pues suponía abastecer diariamente las necesidades básicas de 2,5 millones de personas, que requirió altas dosis de inventiva, coordinación técnica y perseverancia. Pero el puente aéreo funcionó, sin que los soviéticos osasen derribar un solo avión occidental.

El bloqueo de Berlín constituyó la primera batalla virtual de la Guerra Fría. Fue librada, sobre todo, en el ámbito de la propaganda: si la URSS presentaba a los aliados capitalistas como adalides del rearme alemán, los estadounidenses se ganaron rápidamente las simpatías de la población de Alemania Occidental, que los contempló como benefactores y bondadosos ocupantes. La imagen de los alemanes también se transformó a ojos de la opinión pública anglonorteamericana, pues pasaron a ser vistos como aliados en una causa común, superando muchos de los rescoldos de odio que había dejado la guerra mundial. Las dudas en Europa occidental acerca de la estrategia angloamericana de contención desaparecieron. El puente aéreo hizo inútil la presión soviética, y además representaba una humillación diaria, pues la proeza logística podía ser vista como una demostración implícita de la «superioridad» del capitalismo. Al final, tras varios meses la URSS reconoció su derrota y levantó el bloqueo del sector occidental en mayo de 1949.

La nueva política estadounidense consistió en favorecer la constitución de una Alemania Occidental económicamente viable y políticamente estable, que actuase de centro impulsor de la prosperidad europea y sirviese de baluarte frente a la penetración soviética. En consecuencia, en julio de 1948 el presidente Truman anuló el llamado Plan Morgenthau, que había sido acordado con los soviéticos en 1945, por el que se preveía reducir a Alemania a un estadio preindustrial y agrario para anular su poder en el futuro.

Los acontecimientos se precipitaron. Tras la firma en marzo de 1948 del Pacto de Bruselas entre Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, en el que sellaban una alianza defensiva que servía de primer precedente, en abril de 1949, y en parte como consecuencia de los estrechos vínculos que unieron a los aliados occidentales durante el bloqueo de Berlín, se constituyó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El paso suponía vincular formalmente a los EE. UU. a la defensa de Europa occidental e institucionalizar la Guerra Fría. En agosto de ese año la URSS consiguió detonar su primera bomba atómica, con lo que el equilibrio militar estratégico, al menos en teoría, se restablecía.

En mayo de 1949, mediante la fusión de las tres zonas de ocupación francesa, británica y norteamericana, más Berlín Occidental, se fundó la República Federal de Alemania (RFA). Cinco meses más tarde, y como respuesta, surgió en la zona de ocupación soviética de Alemania la República Democrática Alemana (RDA). En 1955, tras largas negociaciones y superar las reticencias francesas, la RFA sería autorizada a reconstruir sus fuerzas armadas, después de rechazar las propuestas soviéticas, que insistían en la alternativa de una Alemania unificada con estatus desmilitarizado y neutral, al estilo de Finlandia o Austria. No obstante, la militarización de la RFA pasó a ser considerada por los EE. UU. como un pilar estratégico de la defensa de Occidente. En consecuencia, la RFA, bajo la égida del canciller conservador Konrad Adenauer entre 1949 y 1963, se convirtió en miembro de pleno derecho de la OTAN.

CONTENCIÓN Y GUERRA EN ASIA

El triunfo de los comunistas de Mao Zedong sobre los nacionalistas conservadores del Kuomintang, apoyados por los EE. UU., y el establecimiento de la República Popular China en octubre de 1949, así como el avance de movimientos anticoloniales de orientación comunista en varios territorios del Sudeste asiático, llevaron a los EE. UU. a reforzar y

Guerra Civil China

Territorios conquistados por los comunistas chinos

Abril 1947



Julio 1948



Finales 1949



Penetración del Ejército Popular Chino



Núcleo comunista



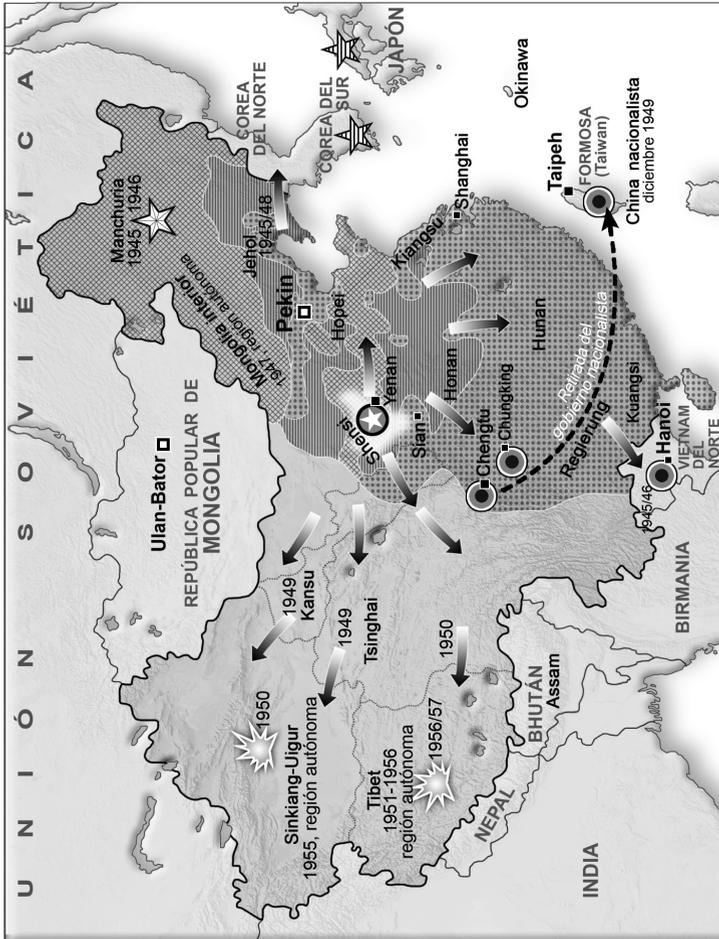
Capitales del gobierno nacionalista chino



Ocupación soviética



Ocupación norteamericana



generalizar en otros continentes la estrategia de contención del comunismo, imprimiéndole además un giro más radical. Según los postulados del memorándum NSC 68 de la Administración Truman en 1950, los EE. UU. estaban implicados en una lucha de civilizaciones con la URSS, por lo que procedieron a cuadriplicar el gasto militar, preparándose para una guerra en todos los frentes, y asimismo incrementaron la producción de armamento convencional y nuclear.

Una de las aplicaciones más evidentes de la teoría de la contención, y que sirvió a las élites occidentales para reforzar sus pronósticos acerca de la estrategia soviética, tuvo lugar en un escenario hasta entonces lateral: la península de Corea. Desde el final de la ocupación japonesa en 1945 habían surgido en su territorio dos Estados dictatoriales: uno comunista en el norte, bajo el liderazgo carismático del líder guerrillero Kim Il-sung, y otro pro occidental en el sur. Las elecciones de 1948 consolidaron su existencia, fijándose como frontera el paralelo 38.

En junio de 1950, tropas norcoreanas cruzaron la frontera, con apoyo logístico soviético y chino. Truman reaccionó con rapidez y ordenó la movilización de tropas americanas, y a las pocas horas consiguió un mandato del Consejo de Seguridad de la ONU creada cinco años antes. La jugada fue posible por la ausencia temporal de la URSS en el Consejo, en protesta por el rechazo inicial en el foro a la China Popular como legítimo Estado chino, en vez del derrotado gobierno pro occidental refugiado en Taiwán. La reacción occidental sorprendió a Stalin, que había accedido al plan de invasión de Kim Il-sung en la convicción de que sería un paseo militar para los norcoreanos.

Los EE. UU. desplegaron fuerzas terrestres en Corea del Sur y llevaron a cabo un bloqueo y un bombardeo de Corea del Norte. A ellos se unieron contingentes de hasta 15 países bajo el paraguas de la ONU, si bien los EE. UU. proporcionaban más de la mitad de los efectivos (350.000 soldados) y financiaban el conjunto de la operación. Una vez hubo estallado la guerra, Stalin insistió en mantenerla a toda costa, mediante suministros militares a Corea del Norte, mientras que la China

Popular desplegó tropas directamente en Corea para combatir el avance hacia el norte de las tropas americanas y sus aliados.

A finales de 1952 la guerra, que había causado fuertes pérdidas en ambos bandos, había llegado a un punto de empate técnico. El alto el fuego se aprobó en julio de 1953, después de que Stalin hubiese fallecido. Se restablecía la frontera entre las dos Coreas en el paralelo 38, con una zona desmilitarizada. Por parte norteamericana se registraron 36.000 bajas mortales; coreanos y chinos sufrieron más de 1,7 millones de bajas, a lo que se añadió la muerte de tres millones de civiles coreanos.

Tras la guerra de Corea se reforzó el nuevo statu quo. Las relaciones entre China y el bloque occidental quedaron seriamente dañadas durante dos décadas, mientras que los EE. UU. protegieron la soberanía de la isla de Taiwán, donde los nacionalistas de Chiang Kai-shek habían fundado la República de China, y formalizaron alianzas militares con Japón, cuya reconstrucción económica y estabilización política también favorecieron de forma decidida. Igualmente, los EE. UU., junto a Francia y Gran Bretaña, crearon un cordón de alianzas militares con Australia, Pakistán, Tailandia y Filipinas, la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO, constituida en 1954), que garantizaría al bloque occidental el disfrute de una serie de bases militares a lo largo de la costa asiática del Pacífico. Se eliminó toda prevención al rearme de Alemania, y se aplicaron con mayor intensidad las directrices del memorándum NSC 68. La guerra de Corea supuso la consolidación y radicalización de la Guerra Fría.

Ambas superpotencias disponían del arma nuclear, cuyo empleo contra las ciudades de la retaguardia o contra las fuerzas militares del enemigo constituiría a partir de ahora un elemento esencial de toda estrategia. Sin embargo, la capacidad destructiva del arma atómica encerraba una paradoja: nadie podía estar seguro de la victoria total, pues por muy menguadas que resultasen las reservas del enemigo, su capacidad de respuesta restante podía ser suficiente para asegurar la mutua destrucción de los rivales.